

UNA ESPIRITUALIDAD TRINITARIA QUE LLEVA AL CORAZÓN DE LA AUTÉNTICA VIDA CRISTIANA

Yolanda
Valero Cárdenas*

Resumen:

La sociedad contemporánea vive una sed de Dios que la impulsa a buscarlo en un sinnúmero de ofertas espirituales de todo tipo. De aquí la importancia de una auténtica espiritualidad cristiana centrada en la vida Trinitaria de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que constituye para el cristiano una dinámica que genera vida y amor. Un amor vivido en *Koinonía* respetando la diversidad que permite reconocer el rostro de Cristo en el rostro del otro. Una espiritualidad encarnada en la vida concreta que se manifiesta como acogida, diálogo, respeto, encuentro y permanente reciprocidad.

Un proverbio popular dice que “cuando alguien no sabe para dónde va cualquier camino le sirve”. A muchos cristianos les sucede lo mismo, la falta de una auténtica vida de fe los lleva a pensar que cualquier oferta de espiritualidad les sirve. La humanidad hoy, en un frenético ritmo de cambios a todo nivel, se encuentra en un laberinto de posibilidades de todo tipo en donde busca apagar la sed que vive dentro de sí. El paso problemático de la espiritualidad ac-

*Laica, comunicadora social-periodista (Universidad de la Sabana - Bogotá), catequista (Instituto Superior de catequesis y Espiritualidad misionera de la Pontificia Universidad Urbaniana - Roma) y doctora en misionología (Universidad Urbaniana - Roma). Docente de Metodología de la catequesis, Catequesis y religiosidad popular, Primer Anuncio - catecumenado, Religiones tradicionales en América Latina (Pontificia Universidad Urbaniana - Roma).

tual se siente más fuerte porque, contrario a años pasados cuando se tenían pocas posibilidades de elección, ahora estas posibilidades son infinitas. Sin embargo, en medio de esta multiforme espiritualidad de hoy, existen vías que permanecen en el tiempo, que nos ayudan a dar razón no sólo de lo que creemos sino en quién creemos y hacia dónde vamos. Hablaremos de una auténtica espiritualidad cristiana que brota del amor de Dios Trinidad, de donde traeremos luces para iluminar algunos riesgos y desvíos que como cristianos estamos llamados a superar.

1. Un renovado interés espiritual

A pesar de las sombrías previsiones del fin de la religión, nuestro tiempo está lleno de movimientos espirituales que demuestran la vitalidad del sentido religioso en el mundo actual. Este renovado interés espiritual brota de profundas exigencias de autenticidad de la dimensión religiosa, de interioridad y libertad, que no satisfacen la sociedad consumista en la que vivimos. También, se podría decir que crece como

respuesta a un fenómeno de rechazo frente a cierta espiritualidad transmitida en el pasado y que hoy se considera inadecuada para expresar o animar la actual situación histórica. Esto no quiere decir que la espiritualidad que vivieron las generaciones pasadas no fuera auténtica o válida, se trata de comprender hoy la fidelidad de la espiritualidad con las necesidades históricas y culturales de la humanidad.

Se evidencia, cada vez más, la necesidad religiosa del ser humano, que corre el riesgo de verse abrumado por la tecnología, sin hacer memoria que “ser hombre no se reduce solo a producir, ser hombre significa también saber escuchar el misterio de las cosas, contemplar la realidad, encontrar la unidad con la naturaleza y con sí mismo, reflexionar sobre el sentido de la existencia a través de gestos y ritos simbólicos”¹. Es necesario, que la espiritualidad hoy, iluminada por la revelación bíblica, se encarne en la vida actual, hunda sus raíces en la antropología y se exprese con el lenguaje narrativo y simbólico de nuestra época, si no quiere verse

¹ J. GEVAERT, *Experiencia humana y anuncio cristiano*, citado en S. DE FIORES-T. GOFFI, *Nuevo Diccionario de espiritualidad*, Ed. Paulinas, Madrid 1983, 458.

marginada y resultar ineficaz en su respuesta a las interpelaciones del mundo contemporáneo².

En la búsqueda de una clara identidad cristiana, es fundamental considerar el hecho que el cristianismo es gracia de Dios, acontecimiento salvífico y vida que procede de lo alto (cf. *Jn* 3, 3). Es la vida misma de Dios, quien, a través de la Iglesia, como comunidad de creyentes en el Dios-Amor, en un proceso de *kenosis*³ se encarna en la historia y aspira a transformar la humanidad concreta desde sus más profundas raíces culturales⁴. Hoy, sin embargo, se constata con tristeza la separación del pensamiento post-moderno del mensaje cristiano. “La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo⁵, esta fuerza reductiva que actúa en la sociedad contemporánea testimonia los profundos cambios en acto, no sólo a nivel socio-cultural sino también religioso. Es necesario

precisar, que esta ruptura no es del todo definitiva, porque toda “experiencia está definida siempre culturalmente”, incluso la religiosa, donde el Espíritu actúa y realiza su obra.

2. Una espiritualidad esencialmente Trinitaria

No existe desafío más grande para la fe cristiana que pensar al Impensable, creer en la trascendencia y al mismo tiempo acoger y asumir el ingreso de Dios en la historia y en el tiempo a través de su Encarnación. En este Dios hecho carne, lo divino y lo humano se unen para crear un espacio de renovada comunión. Este principio de comunión es la raíz del ser y vivir auténticamente la vida en Cristo, sobre todo hoy cuando las relaciones, la interdependencia de los seres humanos sufren una crisis multiforme, ya sea de tipo moral, social, familiar o económica, que llevan a la exclusión y al individualismo.

² Cf. *Ibíd.*, 459.

³ Se entiende aquí el término *kenosis* no solo con el significado típico de despojarse, sino de donarse, porque el despojo no es fin a sí mismo, éste se realiza para dar la posibilidad a que el otro sea. Es un despojarse en el amor, para que el amor sea experimentado en profundidad por el otro. Cf. T. LONGHITANO, *Vita Trinitaria e kenosi*, UUP, Città del Vaticano 2013, 38-41.

⁴ Cf. PABLO VI, exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 14. En adelante EN.

⁵ EN, n. 20. Cf. V CONFERENCIA DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Documento conclusivo de Aparecida*, san Pablo-Celam-Paulinas, Bogotá 2007, nn. 477. 495. En adelante DA.

Muchas preguntas y dudas surgen del pensamiento contemporáneo, que motivan a los cristianos a interrogarse sobre su identidad, misión y destino. Este interés por conocer la verdad lo lleva a buscar justamente la luz más allá de sus propios límites, en lo sustancialmente inalcanzable pero siempre presente y disponible. Es decir, a partir de la conciencia que el Dios revelado en Jesucristo es Padre, Hijo y Espíritu Santo, eterna comunidad de Tres distintos que son Uno en la esencia y en el amor⁶. En el curso de los siglos la teología, ha indicado diversos aspectos para comprender la dimensión trinitaria de Dios. Por razón de brevedad tocaremos solo el aspecto *comunidad-relación* que, a mi modo de ver, nos ayudará a pensar el cómo superar ciertos riesgos que la espiritualidad cristiana vive hoy.

La vida trinitaria de Dios ha podido ser comprendida gracias a la triplicidad de las relaciones personales humanas, en las cuales existe un “yo”, de frente a un “tú”, que constituye necesariamente un “nosotros” (M. Buber),

que simultáneamente confirma y supera la distinción en una unidad que no elimina la originalidad⁷. Esta novedad en la concepción cristiana sobre Dios, no se queda en una simple traducción de la fe de Israel, sino que va más allá, a la luz de cuánto Jesús de Nazareth enseñó y la comunidad cristiana supo reflexionar sobre Él después de los acontecimientos de su Muerte y Resurrección. El Dios de los cristianos es ciertamente Aquel que está presente en el Antiguo Testamento, pero, el fundamento trinitario de la comunidad cristiana es Jesucristo. Él mismo ha revelado que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, en quien reside todo el amor, y en consecuencia la unidad, la comunión, la participación (Cf. Jn 17, 22-23).

Una red de interrelaciones entre las personas divinas, dinamizada por la manifestación de lo que en esencia es Dios: Amor, don de sí para las/os otras/os. En Dios, el don es amor infinito y recíproco, que se hace signo a favor del otro. Se abre así, la vía de la *kénosis* trinitaria, del despojo total para que el otro sea, no vis-

⁶ Cf. G. SALVATI, *Io Uno e Trino. La trinità come modello del cristiano*, Editrice Domenicana Italiana, Napoli 2011³, 215.

⁷ Cf. G. GRESHAKE, *Il Dio unitrino, teologia Trinitaria*, Queriniana, Brescia 2008³, 289-292.

to como pérdida, sino como don de un gran amor que respetando la diferencia conduce a la comunión - *koinonía*, suscitando una reciprocidad de vida en abundancia⁸. Este movimiento dinámico de amor al interno de Dios⁹, tiene implicaciones antropológicas y comunitarias de gran alcance. La primera, indica cómo Dios sale de sí e inicia un camino de encuentro, donándose en la creación. La mujer y el hombre creado a imagen y semejanza de Dios, por medio del Hijo, en el Espíritu Santo, se convierte en un ser abierto a todo tipo de relación: con Dios su creador, con los otros como sus iguales, con la naturaleza que lo rodea.

La segunda, asegura que si Dios no es un Dios impersonal sino al contrario es interrelación, alteridad, pluralidad de personas, esta alteridad debe ser vivida como amor, porque “Dios es amor” (1 Jn 4, 8). Un Dios relacional que dona su rostro al otro para que participe en su diálogo de amor.

Una alteridad que se traduce sobre todo como acogida del otro respetando su diversidad, porque solo en la experiencia del encuentro con el otro descubro mi propia identidad¹⁰. La tercera implicación nos da la certeza que, en cuanto imagen de Dios, el fin último de la mujer y el hombre consiste en acercarse a la fuente del Amor que es Dios uno y Trino, *kénosis* y *koinonía* tri-personal del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, porque su vocación existencial no se limita al ámbito mundano, sino que se orienta hacia lo trascendente, hacia esa plenitud que es alteridad y comunión. Un camino que la humanidad puede recorrer solo en comunidad y bajo la acción del Espíritu Santo que la fortalece y la hace partícipe de la plenitud infinita de Dios¹¹.

3. Los riesgos de las espiritualidades del momento

Una auténtica espiritualidad trinitaria cristiana debe llevar

⁸ Cf. T. LONGHITANO, *Vita trinitaria e kenosi*, 38-42.

⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 254-255. O como afirma san Agustín hablando de la Trinidad: “Aquí tenemos tres cosas: el Amante, el Amado y el Amor”; un Padre Amante, un Hijo Amado y el vínculo que mantiene unidos a los dos, el Espíritu Amor. Citado en B. FORTE, *La Iglesia de la Trinidad*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1996, 36.

¹⁰ Cf. Y. VALERO, *Il volto dell'altro nella pedagogia dell'incontro con Gesù*, in *Gesù è/e A/altro evangelizzare le periferie*, a cura di T. LONGHITANO, UUP, Città del Vaticano 2015, 198-199.

¹¹ Cf. F. TORRALBA - J. CASTANYÉ, *Trinidad*, en V. Ma. PEDROZA et alii, *Nuevo Diccionario di catequética*, Vol. II, San Pablo, Madrid 1999, 2231-2232.

a interrogarse en lo que significa creer en *Dios Amor*, ante los embates de una cultura postmoderna, que nos invita a privilegiar un bienestar presente, olvidando nuestra responsabilidad con el futuro. Lo que significa creer en *Dios Comunión*, ante la invasión de propuestas espirituales y religiosas de toda índole que llegan a través de la *New Age*, y de muchas otras corrientes para refinar cuerpos, que contrastan con los frágiles cuerpos de los pobres y más vulnerables de la sociedad. Lo que significa creer en un *Dios Encarnado*, ante aromas agradables de ciertas expresiones “espirituales” irresponsables e irreales que llevan a vivir una espiritualidad en las nubes. Lo que significa creer en *Dios Alteridad*, ante Meditaciones y recogimientos concentrados en el propio “yo”, que son sólo alienación espiritualista y espiritualizante, sin compromiso con la historia, ni con nuestros prójimos. Propuestas espirituales que constituyen eco y reflejo de la peculiar situación de la sociedad postmoderna, que busca respuestas inmediatas a las incertidumbres de su cotidianidad¹².

Muchas de estas espiritualidades llevan al individualismo, al relativismo y a la superficialidad, en contraste con la esencia misma de la espiritualidad, la vida en el Espíritu, es donde constantemente Dios Trinidad nos invita a la comunión, “*Koinonía*”, al donarse a favor del otro, “*Kénosis*”, al diálogo que genera el encuentro recíproco en el amor como servicio, “*Diaconía*” y a la acción de gracias por todo cuanto Él realiza en la entera creación, “*Liturgia*”.

El discípulo y misionero de Jesucristo, es llamado a reconocerse en aquellos que en la primera hora del cristianismo supieron contemplar a Cristo en la gloria junto al Padre y al Espíritu, y al mismo tiempo acogieron y asumieron que la verdadera gloria de Dios Trinidad radica en ser y realizar su voluntad (cf. *Hch* 1, 9-11). Como insiste el Papa Francisco, nuestra responsabilidad es abrirnos a la acción del Espíritu en actitud de salida hacia las diversas periferias del mundo¹³, para anunciar con gozo el amor de Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

¹² Cf. J. D. MARTÍN VELASCO *Espiritualidad cristiana en el mundo actual*, en “*Pensamiento*”, 69 (2013) 261, 607.

¹³ Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 24.

4. Riesgos y desvíos de superar

Una auténtica espiritualidad que vive la *Koinonía* puede ayudar a superar los límites de ciertas espiritualidades del momento recuperando la verdadera imagen de Dios-Comunión. Los cristianos, ya desde los primeros tiempos, eran identificados por ser “el alma del mundo”¹⁴, no porque hicieran cosas extraordinarias, al contrario, en la cotidianidad de la vida fueron capaces de empapar el ambiente en donde vivían del amor que confesaban por Dios, en Cristo quien, donándoles el Espíritu Santo, los comprometía a ser levadura en medio de la sociedad de su tiempo. Una sociedad que los desafiaba a grandes retos no tanto diversos a los de nuestro tiempo. A modo de ejemplo: el individualismo que “conduce a la indiferencia por el otro, a quien no necesita ni del que tampoco se siente responsable”¹⁵. “Ser el alma del mundo” significó y significa para nosotras/os hoy asumir un proceso de *kénosis* que nos capacite a vivir una auténtica *Koinonía*.

Una auténtica espiritualidad cristiana está llamada a ponerse

respetuosamente a la escucha de los signos del Espíritu, diseminados en toda cultura, para dejarse interpelar con vista a descubrir y vivir de una forma nueva los valores evangélicos. Igual que Cristo, también la espiritualidad cristiana debe insertarse en la trama humana y asumir el riesgo de la historia. “Es una forma de *kénosis* en la carne humana; un entrar en la historia inquieta e incierta de los seres humanos”(Bultmann). Jesús desde nuestra historia, señala Aparecida, es quien revela el rostro de Dios y nos invita a la comunión con la Trinidad. Ante la desesperanza de un mundo sin Dios, que sólo ve en la muerte el término definitivo de la existencia, nos ofrece la resurrección frente a la idolatría de los bienes terrenales. Frente al subjetivismo hedonista, Jesús propone entregar la vida para ganarla; “ante la exclusión, Jesús defiende los derechos de los débiles y la vida digna de todo ser humano”. No debemos olvidar la implicación ecológica de la espiritualidad: “ante la naturaleza amenazada, Jesús, que conocía el cuidado del Padre por las criaturas que Él alimenta y embellece (cf. Lc 12, 28) nos convoca a cuidar la tierra

¹⁴ Carta a Diogneto, p. VI.

¹⁵ DA, n. 46.

para que brinde abrigo y sustento a todos los hombres”¹⁶.

Vivir la espiritualidad del seguimiento de Jesús a la luz del misterio de la Trinidad exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano para acercarnos a los que sufren y son maltratados; para generar una sociedad sin excluidos acogiendo a los más frágiles y buscando su liberación integral¹⁷. Una auténtica espiritualidad en América Latina está llamada a vivir: “el amor de misericordia para con todos los que ven vulnerada su vida en cualquiera de sus dimensiones”¹⁸. Sin descuidar que la espiritualidad cristiana tiene como elementos importantes la oración litúrgica y personal. Una liturgia centrada en la Eucaristía, como “lugar privilegiado” del encuentro con Cristo y fuente del impulso misionero. La espiritualidad de la misión impedirá a los creyentes instalarse en la comodidad y en la tibieza al margen del sufrimiento de los pobres del Continente. “Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la indiferencia y nos renueve nuestra alegría

y nuestra esperanza. Por eso, se vuelve imperioso asegurar cálidos espacios de oración comunitaria que alimenten el fuego de un ardor incontenible y hagan posible un atractivo testimonio de unidad ‘para que el mundo crea’ (Jn 17, 21)”¹⁹. La figura de María nos ayude a mantener vivas las actitudes de atención, de servicio, de entrega y de gratuidad que deben distinguir a los discípulos de su Hijo. “El canto del Magnificat muestra a María como mujer capaz de comprometerse con su realidad y de tener una voz profética ante ella”²⁰.

Conclusión

La dinámica de la Espiritualidad trinitaria en la vida cristiana es la dinámica propia de la vida de Dios. En la medida en que nos dejemos llevar por esta fuerza, iremos caminando hacia la construcción del Reino de Dios entre nosotros. La espiritualidad, hoy más que nunca, está llamada a ofrecer al ser humano los elementos necesarios para la resignificación de la vida, de la historia, del presente, y desde ahí la rea-

¹⁶ Cf. DA, nn 112-113.

¹⁷ Cf. DA, nn. 109-135.

¹⁸ Cf. DA, n. 384. Cfr. C. MACCISE, *Claves de la espiritualidad en el Documento de Aparecida*, en “Alteridad”, julio/diciembre (2010), 29.

¹⁹ DA, n. 362

²⁰ DA, nn. 272. 451.

lización del proyecto de Dios en la propia vida; un proyecto que se renueva y se amplía desde las dimensiones del Espíritu, porque cuando crecen las potencialidades del espíritu, entonces crece la comprensión y el espacio para el actuar de Dios²¹.

²¹ Cf. C. J. PALACIO VARGAS, espiritualidad como medio de desarrollo humano, in *Cuestiones teológicas*, 42 (2015) 98, 476.